



**CONFERENCIA DE JOSÉ MARÍA AZNAR
EN CUNHA VAZ-REVISTA *PREMIO***

Lisboa, 14 de abril de 2005

Hacía más de un año que no venía a Lisboa y puedo asegurarles que lo echaba de menos. Sé que la cortesía es una virtud muy portuguesa, pero créanme que no es cortesía si les digo que esta ciudad es una de las más bellas de Europa, y sin duda está entre mis favoritas. Todo Portugal es un país deslumbrante por su historia, por su presente y por su futuro. Siempre me he encontrado como en casa en esta gran nación. Y es cierto que me han ayudado a conocerla y disfrutarla mejor dos grandes portugueses que son amigos míos: Antonio Guterres y José Manuel Durao Barroso.

Seguro que esa fama que se me ha adjudicado de ser una persona que no tiene una relación sencilla con quienes piensan distinto que yo ha cruzado la frontera y ha llegado hasta aquí. Siempre hay alguien dispuesto a contar ese tipo de cosas. Pero no es cierto. Con pocos dirigentes he tenido una relación personal y política más estrecha que con Antonio Guterres. Él es portugués, yo soy español. Él es socialista, yo soy liberal. Él preside la Internacional Socialista, yo presido la Internacional Demócrata de Centro. Él es mi amigo y yo lo soy suyo.

Y ello ha sido así, entre otras cosas, porque cuando ambos empezamos a gobernar en nuestros respectivos países decidimos que Portugal y España llevaban demasiado tiempo mirando hacia lugares distintos. Esa especie de estrabismo ibérico no tenía ningún sentido, ni nunca lo tuvo. Pero mucho menos cuando ambas naciones estábamos juntas en la Unión Europea. Ni cuando nuestros ciudadanos pasaban de un lado a otro de la raya de la frontera casi sin darse cuenta. Los tiempos de las colas en las

“alfandegas” ya estaban felizmente superados. Era hora de abrirnos definitivamente los unos a los otros. Sin recelos ni prevenciones.

Esa actitud, que continuó igual el Primer Ministro Durao Barroso, tiene una manera de denominarse en política: liderazgo. Algo de lo que vamos a hablar en esta velada.

Sin liderazgo no hay decisiones ni avances. Liderar es tomar decisiones, incluso si éstas son incómodas o inicialmente impopulares. Liderazgo es mirar hacia el horizonte, fijarse las metas, y ser capaz de dar los pasos que nos llevan hacia ellas.

Cuando empecé a gobernar en España, en 1996, nuestras capitales no tenían conexión por autopista, ni tampoco las regiones fronterizas. En ocho años abrimos tres conexiones por autopista en Galicia, en Extremadura y en el Algarve. Y además dejamos definitivamente resueltos los problemas del agua y algo muy importante: el diseño de las conexiones por tren de alta velocidad. Y además un mercado mucho más integrado, especialmente en la energía eléctrica.

¿Todo eso beneficia a los portugueses, o a los españoles? A los dos. Y no perjudica a ninguno. Ahora, para tomar cada una de esas decisiones hicieron falta buenas dosis de liderazgo en Madrid y en Lisboa, porque siempre hay alguien que recomienda dedicarse de otras cosas.

Yo me alegro cada vez que veo un establecimiento portugués en España. Y también me alegro cuando una empresa española

abre negocios en Portugal. Hace pocos días leí alguna entrevista con el nuevo Primer Ministro portugués, con ocasión de su primera visita a Madrid. Me alegró saber que mantiene la misma actitud de apertura y de competencia que sus predecesores. Creo que esa es la senda correcta, y seguirá dando resultados si se mantiene durante muchos años.

Agradezco mucho a nuestros anfitriones de esta noche haberme invitado a hablar ante Vdes. No lejos de aquí está el puerto por el que salían y entraban los navíos portugueses que ensancharon el horizonte de la Europa del siglo XV.

Seguro que cuando los marinos portugueses empezaron a demostrar que el Atlántico era el lugar natural de Portugal, alguien les dijo que era mejor olvidarse de la otra orilla del Océano. O sea, como algunos hacen ahora. Con liderazgo, los portugueses del XV y el XVI se negaron a renunciar a la relación atlántica. E hicieron bien.

Pienso también que seguramente muchos europeos del Renacimiento sintieron un enorme vértigo al verse súbitamente en un mundo mucho más grande, más interconectado, donde las relaciones se multiplicaban y se hacían menos familiares. Vasco da Gama, Álvares Cabral y Magalhaes fueron eso que ahora es tan denostado: unos globalizadores. Y menos mal que lo fueron, y que tanto ellos como los gobernantes portugueses ejercieron el liderazgo y se negaron a dejarse atemorizar por los que recomendaban el pequeño “statu quo” anterior.

Quiero hablarles esta noche de liderazgo, y me propongo reflexionar sobre este concepto en el mundo y en la Europa de este tiempo.

Lo primero que me gustaría decirles es que no creo en el determinismo histórico. Posiblemente esa es una de las razones fundamentales que me llevaron a dedicarme a la política. Los países y las sociedades no están condenados a tener éxito o a fracasar. No hay personas condenadas a vivir en sistemas sin libertad o que no respeten los derechos fundamentales, y mientras otras, por el hecho de haber nacido en el lugar adecuado, pueden disfrutar de todos sus derechos. Tampoco hay ninguna ley inexorable que condene a algunas sociedades a la pobreza o al retraso.

Los problemas existen, y salta a la vista que quienes se encuentran en peor situación tienen que esforzarse más para superarlos. Las ayudas de terceros son útiles, siempre que no se conviertan en un modo de vida alternativo al propio esfuerzo. Pero para salir adelante hay un ingrediente que nunca puede fallar: la determinación para intentarlo y el coraje para superar las barreras. Esta reflexión vale tanto para un individuo como para una nación o un continente como Europa.

Tenemos que pensar hacia dónde camina Europa. Y tenemos que hacerlo quienes nos sentimos europeístas. El europeísmo, según lo entiendo yo, es querer que Europa sea una gran potencia económica y social, un baluarte de la más amplia libertad, y el socio más fiable de quien comparte con nosotros los mismos valores

de libertad: los Estados Unidos. Soy, si me lo permiten, un gran creyente en una Europa unida, próspera, capaz de defenderse, amiga de las democracias y que rechaza a las dictaduras, y por eso mismo, de firme convicciones atlánticas.

El europeísmo no es sólo hacer discursos. Es llevarlo a realidades prácticas. Mientras fui Presidente del Gobierno español intenté que nuestro europeísmo tuviera consecuencias positivas. Voy a poner dos ejemplos.

El primer ejemplo está en nuestro bolsillo, y se llama “euro”. Hoy está en nuestra cartera, pero hace ocho años estaba en el territorio de las hipótesis, especialmente para países como Portugal y España. Soy de los que piensa que el euro es probablemente el mayor avance práctico de Europa (la mayor “realización concreta”, en la terminología de Schuman) en su historia.

El pasado verano, tras un acto de la fundación que presido, tuve la agradable oportunidad de cenar con Robert Mundell, Premio Nobel de Economía. Mundell me decía que nadie en la Unión Europea apostaba por la pertenencia de España al euro en 1996. Había razones para ello.

Y las razones eran un déficit público del 7% del PIB, una inflación del 5%, una deuda pública que creció veinte puntos de PIB en pocos años, tipos de interés a largo plazo del 14%, una tasa de paro del 24%.

España lo tenía muy difícil. Pero lo conseguimos. Y lo conseguimos porque trabajamos con liderazgo, visión política y convicción.

La apuesta por las reformas económicas y la estabilidad presupuestaria y política rindió sus frutos en mi país. España cumplió los criterios de convergencia e ingresó en el euro. Portugal también lo intentó, y también lo consiguió. Como me explicaba también Bob Mundell, y comparto con él su opinión, el euro no hubiera experimentado probablemente el mismo éxito como moneda de 8 países que como moneda de 11, que luego fueron 12.

Una moneda fuerte necesita apoyarse en un área económica fuerte y saneada. Cuando hablamos de doce economías nacionales con una moneda única es evidente –y así nos lo parecía a todos hasta hace muy poco- que debían existir unas reglas comunes, aplicables a todos y en cualquier circunstancia. Ese era el Pacto de Estabilidad y Crecimiento.

Soy consciente de los problemas de Portugal en relación con su déficit público. Respeto y aprecio los esfuerzos de sus Gobiernos para reducirlo. Pero creo que haber anulado en la práctica dicho Pacto no ha sido una buena decisión. Y menos todavía si esa decisión se ha tomado por el hecho de que algunos países en concreto –no precisamente Portugal- hayan empezado ahora a incumplirlo. Lamento de verdad que se haya tomado el camino que, en mi opinión, nos separa del crecimiento y del fortalecimiento económico.

Hablaré ahora del segundo ejemplo de europeísmo aplicado a la realidad práctica. Y es un ejemplo que tiene nombre portugués: Agenda de Lisboa. Se cumplen ahora cinco años de la Cumbre, celebrada aquí mismo, en la que nos fijamos esos ambiciosos objetivos reformistas.

Quizás recuerden la génesis de esa Cumbre. En abril de 1999, Tony Blair y yo mismo hicimos pública en Chequers una Declaración conjunta sobre Reforma Económica y Empleo. En ella proponíamos a la futura Presidencia portuguesa la celebración de una reunión de Jefes de Estado y de Gobierno que reformulase la estrategia económica de la Unión Europea.

El entonces Primer Ministro de Portugal, mi buen amigo António Guterres, acogió la idea favorablemente y comenzó a trabajar en ella con entusiasmo e inteligencia. En marzo de 2000, el Consejo Europeo aprobó un amplio programa de reformas económicas en Europa, la llamada Agenda de Lisboa.

Dicha agenda tenía un objetivo francamente ambicioso: convertir a la Unión Europea, en el curso de esta primera década del siglo XXI, en la economía más competitiva y dinámica del mundo, capaz de crecer de forma sostenida, crear empleo y aumentar su cohesión social.

Aunque la Agenda de Lisboa naciera en un momento de optimismo, todos los que la acordamos sabíamos que venía de una reflexión preocupante.

El proceso de rápida convergencia entre la economía europea y la economía norteamericana, que se inició en la posguerra mundial, se había detenido desde comienzos de los 80. El PIB per capita europeo se estancó en torno al 70% del norteamericano. Y en la segunda mitad de los 90 este proceso parecía haberse agudizado: en el periodo 1995-2001, Estados Unidos representó un 60% del crecimiento de la economía mundial, mientras que la UE, con una economía de tamaño aproximadamente similar, apenas contribuyó con un 10%.

Era fundamental, pues, aprovechar ese momento de optimismo para plantear una reforma del sistema económico europeo. Europa debía asegurar un mayor crecimiento, sin el cual simplemente no resultaría posible atender las altas exigencias sociales y medioambientales que los ciudadanos europeos demandan.

En esto consistieron las ambiciones de Lisboa.

Han pasado cinco años. Se han dado pasos importantes. Algunas reformas necesarias han podido emprenderse. Pero cada vez aparecen más obstáculos. No son obstáculos inesperados. Se trata muchas veces de la esperable resistencia frente a las reformas. Por eso sorprenden decisiones como la del aplazamiento de las reformas de Liberalización de servicios. Vamos a perder competitividad y dinamismo, no por ninguna novedad, sino porque algunos países tienen la fuerza suficiente para mantener el proteccionismo que habían prometido eliminar.

Puede haber quien piense que, después de todo, no importa que Europa siga creciendo en el futuro por debajo de Estados Unidos, por no hablar de China o India; que no merece la pena el esfuerzo necesario para aprobar las reformas; que no es tan grave que Europa siga siendo menos competitiva por los altos impuestos, la rigidez de sus mercados laborales o la fragmentación de sus mercados nacionales.

Lo que es peor, puede haber quien se resigne a esta situación; incluso quien teorice a favor de ella. Algunos pueden decir que este comportamiento refleja un “modelo europeo” alternativo, en el que el dinamismo económico no es necesario, puesto que nuestras preferencias colectivas son distintas.

Muchos no estamos de acuerdo con esto. Por el contrario, pensamos que las reformas estructurales son ineludibles, por difíciles que sean, y que no debemos renunciar a que la economía europea ocupe el lugar de cabeza que le corresponde.

Europa no puede resignarse. No puede conformarse con ser otra vez durante los próximos diez o quince años el área de la OCDE con tasas más bajas de crecimiento. Esto, junto con la preocupante situación demográfica, nos colocaría en una situación de creciente irrelevancia en la escena internacional, por mucho que siguiéramos siendo un gigante por tamaño económico. No es un panorama agradable, pero, desgraciadamente, si no hacemos nada, es una perspectiva probable.

En los próximos diez años el centro comercial del mundo podría desplazarse definitivamente al Pacífico. Esto es un hecho positivo si indica que las grandes naciones de Asia han alcanzado un nivel más alto de desarrollo; pero no lo sería tanto si indicase que Europa no ha sido capaz de aprovechar todas sus oportunidades.

Estados Unidos y la Unión Europea son hoy las áreas económicas más desarrolladas y tecnológicamente más desarrolladas del mundo. Las barreras que subsisten ya no son las tradicionales, sino más bien obstáculos de tipo regulatorio. Esto es evidente en sectores como los servicios financieros, la competencia, el transporte aéreo y los servicios de la sociedad de la información. Eliminarlos no sería solo bueno para los empresarios de ambos lados del Atlántico, sino también, y quizá todavía en mayor medida, para los de los países emergentes.

Por eso, junto con otras personas del mundo académico europeo y norteamericano he propuesto la creación de un Área Económica Atlántica para 2010, que a mi juicio no sólo será compatible con el orden multilateral, sino que sería un complemento esencial para un comercio internacional más abierto.

Los problemas de Europa no acaban en su falta de flexibilidad para adaptar sus capacidades productivas y su economía, progresivamente envejecida a causa de no adoptar las reformas necesarias. De hecho, muchos de los males económicos de Europa tienen que ver con decisiones políticas equivocadas y no sólo sobre

cómo mejorar su competitividad, sino sobre lo que Europa quiere ser en el mundo.

Durante los años que pasé al frente del Gobierno de España, pude comprobar en primera persona la radical división que existe entre las dos formas esenciales de entender Europa: Hay quien cree en una Europa más aislada, continental, una Europa relativamente cerrada sobre sí misma, una Europa cuya misión esencial en el mundo sería la de constituirse en contrapeso, contrapoder, de América.

Alternativamente, hay quien cree en una Europa Atlántica, abierta a la globalización política y estratégica, aliada de los Estados Unidos, con quien no sólo formamos parte de una misma comunidad de valores, sino con quien debemos formar una comunidad de acción para enfrentarnos a los retos globales, desde el terrorismo a la proliferación de sistemas de destrucción masiva, desde la extensión de la democracia en el Oriente Medio a la lucha contra la pobreza.

Se culpa normalmente a la crisis de Irak de esta división, pero las divergencias sobre la finalidad de Europa venían de mucho antes. Irak sólo sirvió de revelador, fijando una foto de dónde se situaba cada uno. Por un lado Francia y Alemania, por otro los 18 que antepusimos el atlantismo a otras consideraciones.

Yo soy un atlantista convencido. No es ningún secreto. Para mí es imposible explicar la historia de mi país sin tener en cuenta su vertiente Atlántica y americana; y me es impensable concebir

Europa borrando de la memoria la dimensión atlántica. Como tampoco la puedo concebir sin su dimensión cristiana, dicho sea de paso.

Pero es que, además, soy un firme convencido de que sin América Europa no sólo sería inexplicable, sino que sería imposible. Ni podemos competir política o militarmente con los Estados Unidos, ni podemos suplantarlos, ni, aún peor, podemos garantizar nuestra propia seguridad sin ellos.

Es más, soy atlantista no por una cuestión de necesidad. Es que creo que juntos, americanos y europeos, podrían enderezar sustancialmente un mundo que se ha vuelto turbulento.

Si queremos salvar la relación transatlántica, tenemos que comprender dos conceptos que van en paralelo: el 11 de septiembre cambió la forma en la que los americanos ven el Mundo; y al mismo tiempo, el 11 de septiembre también cambió la forma en la que los europeos perciben Estados Unidos.

Creo que a día de hoy nadie está en poder de una solución mágica. Pero también creo que muchos sí que tienen poder para empeorar las cosas. Lo que yo llamo el poder de las ideas equivocadas.

Estoy de acuerdo con los que luchan por reforzar el vínculo atlántico. También coincido con aquellos que aspiran a crear una Europa más fuerte, una Europa atlántica. Pero no estoy de acuerdo

con los que quieren que Europa se convierta en un contrapeso de América.

Me sumo a los que creen firmemente en la universalidad de los valores occidentales y en el derecho a disfrutarlos por parte de todos.

Estoy con los que luchan activamente contra el terrorismo, ayudando a sus aliados y siendo solidarios cuando estos lo necesitan. Y creo que los que están a favor del apaciguamiento o la rendición están muy equivocados.

Me siento unido a los que afrontan con coraje los problemas y luchan con todas sus fuerzas por encontrar soluciones. Pero aquellos que aparcan los problemas escudándose en que no tienen solución, no escogen el buen camino.

El liderazgo exige escuchar, reflexionar y, finalmente, fijar unos objetivos basados en la convicción. No es un trabajo fácil, pero deja huella.

Acabamos de comprobarlo con ocasión del fallecimiento del Papa Juan Pablo II. De todas las personas que he conocido en mi vida, Juan Pablo II es el ejemplo más fuerte de liderazgo que he conocido. Con independencia de las creencias que cada uno tenga, todos hemos reaccionado tras su muerte, y hemos recordado su valentía y su firmeza.

Esta noche debemos recordar su ejemplo de fortaleza ante la adversidad. Debemos recordar que la libertad se gana si se está dispuesto a luchar por ella. Y debemos pensar también que los valores son imprescindibles en nuestra sociedad contemporánea. Sin valores no hay raíces fuertes. Y sin ellas cualquier racha de viento es suficiente para derribarnos. No dejemos que eso le ocurra a Europa.